

LIBROS

"De entre los números"

La reciente publicación de la novela de Sánchez Espeso, "De entre los números" (1) —cuarto título de su prometida pentagonía "Pentateuco"—, ayuda a confirmar, *prima facie*, no sólo la voluntad excepcional de un consumado novelista, sino también la lograda consagración de determinados niveles y procedimientos narrativos que Sánchez Espeso desarrolla con evidente destreza y madurez.

"De entre los números" puede —además— representar una sorpresa para los lectores por el trasfondo y el tratamiento, más o menos descarnado, de un tema *tabú* (las relaciones homosexuales en la baja escala castrense), maldito o censurado hasta hoy en el Estado español por obvias razones de constreñida y alcorca perspectiva política que Sánchez Espeso maneja (la anécdota) con la suficiente dosis de inteligencia, literaturizando la posible anécdota real de base precisamente al fondo de la novela, la transgresión flagrante del silencio en torno al tema que aquí, en "De entre los números" corre al margen de las técnicas morales al uso.

Pero es que —encima— esa anécdota *tabú*, que podrá ser desde ahora en adelante deshojada como una margarita por la crítica del morbo elemental, esa anécdota que en principio se nos muestra entre bambalinas de humo y ciertos oropeles de discreción, descubre al correr de las páginas de la novela otros mundos más abarcadores, más totalizadores, susceptibles de absorber los términos, giros, circunloquios, paráfrasis, etcétera..., que el novelista utiliza en el desarrollo del proceso narrativo con lasciva contumacia y profesionalidad generosa, como domando la posible (y casi segura) malformación intelectual del lector, quizá acostumbrado a la fácil asimilación de la estructura y del lenguaje vulgares y rampiones a los que últimamente es-

tén pegados la mayoría de los jóvenes novelistas españoles. La anécdota, así analizada, deviene en correa de transmisión que consolida una prosa gruesa, barroca, rica siempre en un vocabulario que Sánchez Espeso desempolva del olvido, porque aún tiene la viveza de la tradición culta: un vocabulario que muchas veces parece extraído con sumo cuidado del formol investigativo y aliterante al que fuera ilógica e injustamente condenado.

Al mismo tiempo, el novelista huye con acierto de la tentación

del misterio y de la esfinge del mito. Secuencia a secuencia, aunque a veces la dificultad de lectura empaña el desarrollo de la narración y tenga que ser subsanada por la voluntad del lector macho (término que aplico desde Cortázar, despojado de fluorescencias de sexo; como sinónimo de complicidad), el desarrollo del proceso narrativo globaliza la anécdota, el tema *tabú*, envolviéndolo —como en una caja china— en la historia de la paulatina degradación de una determinada familia venida, pues, a menos. Es el otro hilo conductor de

la novela, el contrapunto, la costura podrida y grotesca que el narrador utiliza brillantemente como marionetas al aire o en el mar de ese lenguaje referencial o directo que se mueve en el mejor y más importante camino tradicional.

La estructura de la obra, hecha una superficial disección, supone los párrafos dicotómicos y alternantes que componen la historia de la novela, la duplicidad de la anécdota, donde habrá que señalar la segunda dificultad de lectura de "De entre los números". Pero la novela es

ADIOS A LAS LETRAS

Conciencia rosa

Rosa Montero es la conciencia ácrata que le ha nacido a este país pudoroso.

No es únicamente una periodista, ni una actriz ocasional del cine corto. Es la conciencia emplumada, la piel roja que va destronando tópicos de los labios tópicos de los hispanos a los que se enfrenta.

Su relato de los prolegómenos, la matanza y el desastre total que ocurrió en un despacho de abogados laboristas de Atocha (Madrid) hace un año convirtieron a la entrevistadora ejemplar en el reportero esencial de este país.

Rosa publicó en "El País" su narración impresionante cuando se estaba corriendo el riesgo en España de olvidar que el pasado propició tragedias como aquéllas. La lectura del triple reportaje de Rosa Montero sirve a los ciudadanos para prevenir y abortar la resurrección de los querubines de camisa azul mahón.

En una tierra en que las periodistas ocupaban el lado derecho de las mesas porque los convocantes de las ruedas de prensa las consideraban más como objetos de adorno que como seres que pueden cuestionar. El nacimiento de esta reportera es una simple reivindicación de derecho femenino a escupir en el rostro de las mentiras. Las diferencias que hay entre la mu-

jer antigua y señorial y la mujer que representa Rosa Montero fueron advertidas hace unos días en un programa de Radio Nacional, "Protagonistas, nosotros", en el que Rosa Montero fue enfrentada a Rocío Jurado, la folklórica. La señora Jurado ama la felicidad plácida y castrense de la familia. Rosa Montero ponía en cuestión la familia, el papel que se le concede a la mujer en ese "colectivo", el tópico incesante que este país ha creado alrededor del llamado sexo débil. Rocío Jurado sufrió ante la larga enumeración de aberraciones hecha por Rosa Montero. Por supuesto, Rocío Jurado es en este país la prolongación de tópicos, como Lola Flores o Carmen Sevilla, seres que han vivido ofreciendo al machista hispano la imagen que éste quería ver de la mujer española.

El gran drama de los machistas españoles es que son muy torpes y que han vivido mandando gracias a su torpeza, desde la torpeza han creado los mitos que le han venido bien para acoger sus oídos y para reblandecer su mente.

Hacen falta muchas conciencias como la que Rosa Montero representa en este país de hombres, para que empiece a funcionar eficazmente la estadística: España está habitada por un 52 por 100 de mujeres, sojuzgadas ahora por los Consejos de Administración, los Gobiernos, la publicidad y los medios de comunicación controlados por los hombres.

En realidad, la convivencia no se alterará hasta que los propios hombres no se conviertan al feminismo activo. Es decir, hasta que unos y otros, u otras y unos, se den cuenta de que la lucha es común. Los mismos traumas que tiene la mujer los tiene el hombre español. Lo que ocurre es que la mujer es menos orgullosa y habla de ellos. Los hombres se callan porque así conservan el poder.

Como la mujer nunca tuvo el poder, no tiene nada que perder. Ni siquiera el pudor.

Rosa Montero es el ejemplo de la falta de pudor de que disfruta ahora un sector amplio de la mujer española. Las pudorosas, las Rocío Jurado de la cristiandad, que quedarán en minoría por la buena salud de la España mortal. ■ SILVESTRE CODAC.

Rosa Montero, disfrazada en el corto "Una tarde con Dorita Amor", de Diego Galán.



(1) "De entre los números", Germán Sánchez Espeso, 228 páginas. Barral Editores, Barcelona, 1978.